

El Camino a La Libertad Cristiana

por Lee Brummel

1983

"Si Martín Lutero hubiera muerto en su cuna, habría acontecido de todas maneras la reforma del siglo XVI". La premisa detrás de esta frase, repetida tantas veces por historiadores —para luego aceptarla o refutarla— es que las condiciones en la iglesia y la sociedad exigían una reforma de la iglesia "en cabeza y miembros".

Los católicos actuales no niegan la necesidad de una reforma de la iglesia al comienzo del siglo XVI, aunque lamentan el curso que tomó bajo la guía de Lutero. Toda una serie de "pre reformadores" habían surgido, prácticamente en todos los países de Europa, reclamando cambios en vida y doctrina. La iglesia medieval vacilaba en la cuestión de autoridad; teólogos, universidades, cardenales propugnaban al concilio o al papa como autoridad máxima de la iglesia, pero estaban inciertos en cuanto al peso relativo que debían asignar a las escrituras y a la tradición. Los humanistas se habían constituido como movimiento poderoso con su propio programa para la reforma de la iglesia. El reconocimiento de hecho de la necesidad de reformar la iglesia fue el Concilio de Trento, una respuesta directa a la reforma protestante.

Aunque no se puede afirmar con seguridad que una reforma era inevitable en 1483, el año en que Lutero nació, se puede defender la tesis de que cualquier reforma sin Lutero habría sido distinta. Para 1520, Lutero ya era el agente de cambio de su momento histórico; no se adhirió a un movimiento ya existente, sino que lo creó y lo dirigió. Sin querer y sin saber hasta dónde iba a llegar. O mejor dicho, Lutero estaba convencido, como decía tantas veces en sus charlas de sobremesa, que Dios había hecho la reforma y su palabra determinaba su alcance. "Mientras Felipe (Melanchthon) y yo tomamos cerveza de Wittenberg, Dios reformó su iglesia."

El punto de partida de la reforma es, sin lugar a dudas, el conflicto sobre las indulgencias. En 1517 Lutero redactó sus famosas 95 tesis que ponían en tela de juicio muchas de las prácticas relacionadas con esos documentos, y especialmente la posibilidad de que uno podía "comprar el cielo con dinero." Clavó una copia en la puerta de la iglesia, que servía como cartelera, anunciando un debate sobre indulgencias e invitando a miembros de la universidad a participar. El documento estaba en latín; el debate no sería público sino académico. Lutero envió otra copia a su arzobispo, y una tercera a su diocesano.

Algunos meses antes, Lutero había preparado 97 tesis atacando a algunos de los más distinguidos filósofos y teólogos de la Edad Media. Sobre uno dijo: "Yo sé lo que dice y lo dice todo bien, excepto cuando habla de la gracia, caridad, esperanza, fe y las virtudes." Pero a pesar de la preparación cuidadosa para la disputa sobre la teología medieval, no pasó nada. No debería sorprender, entonces, que un tema menos trascendente, como el valor de las indulgencias y los excesos de los vendedores, no suscitará mucho interés. Llegó el día para el debate. Nadie se presentó.

Sin embargo, alguien tradujo las tesis al alemán, las entregó a la imprenta y después de poco tiempo, toda Alemania estaba hablando del desafío al Papa y su poder, del dinero que salía de las tierras alemanas para construir la basílica de San Pedro en Roma y del hombre Martín Lutero. Noticias de esta controversia llegaron rápidamente a Roma, junto con una

copia de las tesis. El arzobispo de Lutero, Alberto de Maínz, había enviado una copia al sumo pontífice. Según la tradición, el Papa hizo dos comentarios. El primero: "Lutero es un alemán borracho. Se va a sentir mejor cuando esté sobrio." El segundo: "Fray Martín es un tipo brillante. Todo este lío se debe a la envidia de los monjes". Aunque es posible que ninguna de las citas fue dicha por el Papa, demuestra dos actitudes características de la jerarquía de la época. En primer lugar, el desconocimiento de los serios problemas de la iglesia y, de igual importancia, el anhelo de cambio en muchos otros sectores de la iglesia. En segundo lugar, el profundo espíritu religioso del monje de Wittenberg. Lutero no buscaba una pelea, sino un cambio. La jerarquía lo trataba como un problema para eliminar. El papa nombró un nuevo General de la orden de los agustinos para que "extinga un monje de su orden, de nombre Martín Lutero, y así sofocar el fuego antes de que llegue a ser una conflagración."

El peligro inmediato vino del lado de los dominicos (no del todo equivocado el dicho atribuido al Papa). Wimpina y Tetzl le hicieron cargos formales de herejía en Roma. En Alemania, los dominicos dijeron que la iglesia quemaría a Lutero dentro de un mes, tal vez en menos de dos semanas.

En este clima, Lutero salió a pie para Heidelberg, donde expondría su nueva teología. Fue recibido como huésped de honor, para gran sorpresa de la delegación de Wittenberg. Ante el cabildo, Lutero defendió la doctrina de Agustín de que aún las buenas obras, vistas desde afuera, pueden ser pecados mortales en los ojos de Dios. Los ancianos de la orden tenían sus serias reservas en cuanto a la nueva teología, pero los jóvenes manifestaron abiertamente su entusiasmo. Entre los presentes figuraban varios que llegarían a ser líderes de la reforma. Lutero consideraba este encuentro un triunfo, que resumió en siete palabras: "Fui a pie; volví en un carro".

Después de Heidelberg, el desarrollo de la teología y especialmente la eclesiología de Lutero era rápida y decisiva para su conflicto en Roma. En los próximos años Lutero viviría siempre en peligro personal, siempre bajo presión para cambiar su posición, siempre acusado de herejía. En sus respuestas a sus críticos Lutero fijaba con precisión su teología frente a los ataques de afuera y la profundizaba en el aula frente a sus estudiantes. Ya quedaban sólo retractación, silencio o ruptura con la iglesia como posibilidades, aunque Lutero deseaba la reconciliación. Pero estaba dispuesto a permanecer callado sólo si los ataques cesaban y no estaba dispuesto a retractarse de lo específicamente evangélico de sus escritos.

El Papa citó a Lutero para presentarse en Roma y responder a los cargos de herejía y contumacia. Lutero recibió la comunicación en agosto de 1518. Escribió inmediatamente al Elector, Federico el Sabio, para recordarle su promesa de no permitir que Lutero fuera juzgado fuera de los territorios alemanes. Así comenzó la tortuosa serie de negociaciones que culminó con la audiencia de 1521 en la dieta de Worms. Una asamblea de la nación germánica funcionaría de esta forma como concilio de la Iglesia Católica. Los Papas hacían todo lo posible para no llamar un concilio o para controlarlo una vez convocado. El resultado sería que en Worms una asamblea secular asumiría funciones conciliares.

El apoyo del Elector fue fundamental. Protegió a Lutero a pesar de la insistencia de la iglesia en que Lutero se entregara a Roma para ser juzgado. Es seguro que Federico no quería que uno de sus súbditos fuese condenado sin ser escuchado, y dudaba de la justicia de cualquier tribunal fuera de Alemania. Es probable que razones políticas entraran en la decisión, especialmente el deseo de no capitular ante las exigencias de la iglesia y relativizar su soberanía en un caso de implicaciones nacionales. Y es posible que Federico se mantuviera firme por razones religiosas, dado que su capellán personal era amigo íntimo de Lutero.

El Papa, entretanto, instó al dominico Prierias para que refutara los errores de Lutero. El tratado que produjo dejaba de enfocar la cuestión de las indulgencias y centraba el argumento en las prerrogativas de la Iglesia Católica. La línea central de su tratado puede ser articulada como silogismo. La Iglesia no puede errar sobre la fe o la moral. La Iglesia está constituida representativamente en los cardenales, pero virtualmente en el Papa. Como resultado, el Pontífice romano no puede errar, y quien lo cuestiona es un hereje.

Lutero replicaba que no sólo el Papa sino también un concilio podría errar, y sólo las Escrituras constituyen la autoridad última para la Iglesia. No dejó de mencionar varios Papas por nombre, con alusión a sus crímenes o pecados.

El primer paso hacia la audiencia ante la dieta alemana fue el traslado del juicio de Lutero de Roma a Alemania. Federico negoció los términos con el Cardenal Cayetano, y el lugar eventualmente elegido fue la ciudad de Augsburgo. La entrevista de Augsburgo fue aún más peligrosa para Lutero de lo que iba a ser la dieta de Worms tres años más tarde. Por el momento, Lutero era sólo un monje agustiniano sospechoso de herejía. No sería imposible que en Augsburgo lo esperara la hoguera. Tenía un salvoconducto, pero Hus viajó a Constancia con uno que no le salvó la vida. En el largo viaje, además, tenía que luchar continuamente con la duda que posiblemente sus críticos tuvieran razón: "¿Eres tú el único sabio, y los siglos de la historia de la Iglesia toda una equivocación?".

Cayetano viajó a Augsburgo por tres motivos: organizar una cruzada contra los turcos; lograr que los alemanes aceptaran un nuevo impuesto; persuadir a Lutero de retractarse o, si resultara imposible, llevarlo en cadenas a Roma. Cayetano había fallado con las dos primeras tareas, y le esperaba la tercera.

Las entrevistas con Lutero tuvieron lugar del 12 a 14 de octubre de 1518. El cardenal empezó la audiencia con una invitación a Lutero para que se retractara. Lutero replicó que no había viajado a Augsburgo para hacer lo que podía haber hecho perfectamente bien en Wittenberg. Lutero insistió en que era necesario demostrar su error, pero Cayetano había recibido instrucciones explícitas de no discutir con Lutero. Se produjeron varios intercambios, pero ningún debate como pedía Lutero. Entonces le llegó el rumor de que el cardenal lo iba a arrestar y que las puertas de la ciudad ya estaban bajo custodia. Con la ayuda de amigos, Lutero se escapó de noche, vestido con su hábito, pero sin pantalón, espuelas, estribos, ni espada. El 30 de octubre estaba de vuelta en Wittenberg.

El papado inició una política más conciliadora en diciembre de 1518 con la muerte del Emperador del Sacro Imperio Romano, Maximiliano. Los dos candidatos más fuertes eran Francisco de Francia y Carlos de España; el Papa quería evitar que cualquiera de los dos fuera elegido para evitar la preponderancia de esos estados sobre el resto de Europa, y por consecuencia que llegaran a ser una amenaza para Roma. El Papa decidió finalmente apoyar como candidato a Federico el Sabio, el príncipe de Lutero. En esta situación, cuando era importante no ofender a Federico, hubo mucha menos presión para que el príncipe entregara al más famoso profesor de su nueva universidad. Hasta le dejaron entender que si todo iba bien, podría nombrar un cardenal. Federico interpretó que la dignidad podría conferirse a Lutero. Después de complicadas intrigas, sin embargo, Carlos V fue elegido el 28 de junio de 1519. Lutero había ganado otro medio año.

Algunos días antes de esa elección, el más interesante de todos los debates de Lutero tuvo lugar en Leipzig. Su adversario, en un encuentro que duró dieciocho días, fue Juan Eck, de la universidad de Ingolstadt, un viejo amigo de Lutero, un humanista y un alemán, todas condiciones que resintieron la posición de Lutero ante la opinión general. En esta maratón pública, Eck logró un triunfo significativo. Calificó algunas ideas de Lutero de bohemias,

(por la patria de Hus), término común para los errores de Hus y, por asociación de Wyclif. Lutero rechazó vehementemente la acusación, pero durante el almuerzo fue a la biblioteca para leer las actas del Concilio de Constancia, que había condenado a Hus. Para su asombro descubrió entre los artículos reprobados varios que derivaban directamente de San Agustín, como por ejemplo: "La santa Iglesia universal es la comunidad de los predestinados". Cuando la asamblea se reunió de nuevo, Lutero declaró que "entre los artículos de Juan Hus encuentro muchos que son claramente cristianos y evangélicos, los cuales la Iglesia universal no puede condenar." El duque Jorge, que había auspiciado el debate exclamó: "La plaga!" Para 1520, Lutero estaba dispuesto a decir que "todos somos discípulos de Hus, sin darnos cuenta." Durante la misma época, Eck estaba en Roma para informar al Papa que además de sus otras herejías, Lutero era también un Hus de Sajonia.

En 1520, Lutero entregó a la imprenta algunas de las obras más importantes de su carrera. La cautividad babilónica habla de la esclavitud de los sacramentos en la iglesia. En este tratado Lutero redujo el número de sacramentos de siete a dos. El principio que determinó esta reducción era que un sacramento tenía que haber sido instituido por Cristo y ser distintivamente cristiano. Cuando Erasmo leyó el tratado, dijo: "El cisma es inevitable"

A la nobleza cristiana de la nación alemana bosqueja el plan de reforma de Lutero. En este escrito abogaba Lutero por la liberación del Estado del poder de la iglesia y, de más importancia, por la purificación de la iglesia misma. Los magistrados tendrían que ocuparse de esa tarea como cristianos que comparten el sacerdocio de todos los creyentes. Las tres murallas que protegían la iglesia tendrían que romperse; primero, el poder espiritual es superior al poder temporal; segundo, sólo el Papa puede interpretar las Escrituras; tercero, sólo el Papa puede convocar a un concilio.

Entre la publicación de estos dos tratados y *La libertad cristiana*, Lutero recibió la bula papal *Exsurge Domine* que le dio sesenta días para someterse. Lutero había rechazado el apoyo armado de los caballeros Hutton y Sickingen porque mantuvo que sería un grave error defender el evangelio con armas de fuego. Pero temía que la bula del papa podría provocar una insurrección. Hasta tal punto había llegado el apoyo para Lutero y la reforma que los que tuvieron que publicar la bula arriesgaban sus vidas. Muchas copias terminaron en el río o en el barro. Cuando Lutero escribió su tratado *Contra la execrable bula del anti Cristo*, parecía rechazarse toda posibilidad de conciliación.

En menos de dos semanas, sin embargo, se publicó *La libertad cristiana*. Aparte de esta tentativa de aplacar al Papa, ya una posibilidad ínfima, el cántico a la libertad encierra parte de la fe más profunda de Lutero: "El cristiano es libre señor de todas las cosas y no está sujeto a nadie. El cristiano es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos."

La libertad cristiana nos lleva sólo a la mitad del camino de la reforma, pero el resto de la historia es desenlace. De aquí en adelante la reforma deja de ser la historia de una persona; asume las proporciones de un movimiento, y rápidamente llega a todas partes de Europa. En la fe y la ética, y tal vez sobre todo en el modo de entender a la Iglesia, nace una nueva forma de cristianismo que pretende basarse en el cristianismo más antiguo —la de la Biblia y la iglesia primitiva.

Subraya la libertad como uno de los anhelos del hombre religioso, un concepto anunciado con claridad por el apóstol Pablo. Este énfasis en la libertad destaca su contenido bíblico y el vínculo con la antigüedad. Y con la actualidad.